



Eucaristía en la ordenación diaconal de Marcos García Diego

Misa ritual de la ordenación. Misal p. 944.

Lecturas: Leccionario V:

Hch 8, 26-40; p. 178. Salmo 22; p. 188. Mt 20, 25-28; p. 196.

Nuestra celebración ha de incluir hoy referencias a varios aspectos esenciales de nuestra existencia cristiana, nacida de la pascua, del agua y la sangre, que brotaron de la herida del costado de Jesús en la cruz, como signos del bautismo y la eucaristía. Así somos incorporados por el Señor Resucitado a su Pascua permanente y a su misión, por obra de su Espíritu de Amor.

La Luz de la Pascua y la Vida del Resucitado esclarecen y transfiguran todas las realidades cotidianas. En primer lugar hacemos referencia hoy a la realidad del trabajo, deber y derecho de toda persona en orden al desarrollo de su dignidad humana, creada a imagen de Dios y restaurada a imagen del Jesucristo, el Hijo de Dios y el perfecto Hijo del Hombre. De su capacidad creadora y recreadora estamos llamados a participar con nuestro trabajo, para hacer este mundo una presencia del Reino de Dios, en el que sus hijos vivamos en la fraternidad, la justicia y la paz.

Para ello ha querido Dios que sus hijos seamos reconocidos como propietarios de derechos inalienables, entre ellos el del trabajo, realizado en condiciones que reflejen la dignidad de la persona, como centro de la vida social y económica, y no como mero instrumento al servicio de otros fines. Toda la cuestión social tiene su centro en la persona y en su actividad laboral, libre y responsablemente realizada, y dignamente retribuida y asegurada, para la garantía del bienestar personal y de la propia familia. Hoy pedimos al Señor la gracia de un trabajo digno y estable, y de un cumplimiento fiel de la misión que él mismo nos ha encomendado de configurar las realidades temporales con la verdad del Evangelio.

Nos hacemos eco de forma especial de la preocupación del Papa Francisco y, con él, de toda la Iglesia, por las condiciones del trabajo de los jóvenes, que es un elemento necesario en el desarrollo de su propia vocación. En la reciente exhortación “Cristo Vive” ha rogado a los jóvenes que no esperen vivir sin trabajar, dependiendo de la ayuda de otros. Eso no hace bien, porque el trabajo es una necesidad, parte del



Carlos López Hernández

sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal. Pero el mundo del trabajo es un ámbito donde los jóvenes experimentan formas de exclusión y marginación. La primera y la más grave es el desempleo juvenil, que en algunos países alcanza niveles exorbitados. Además de empobrecerlos, la falta de trabajo cercena en los jóvenes la capacidad de soñar y de esperar, y los priva de la posibilidad de contribuir al desarrollo de la sociedad. Con frecuencia la precariedad ocupacional que aflige a los jóvenes responde a la explotación laboral por intereses económicos. La velocidad de los desarrollos tecnológicos, junto con la obsesión por reducir los costos laborales, puede llevar rápidamente a reemplazar innumerables puestos de trabajo por máquinas. Y se trata de un asunto fundamental de la sociedad porque el trabajo para un joven no es sencillamente una tarea orientada a conseguir ingresos. Es expresión de la dignidad humana, es camino de maduración y de inserción social, es un estímulo constante para crecer en responsabilidad y en creatividad, es una protección frente a la tendencia al individualismo y a la comodidad, y es también dar gloria a Dios con el desarrollo de las propias capacidades. (Cf. *Christus vivit*, 268-273).

Sólo a la luz de la Pascua y del envío misionero en Pentecostés podemos comprender y asumir gozosamente la tarea evangelizadora llevada a cabo por esta Parroquia de Santa María de Nazaret durante 25 años en esta zona de la ciudad de Salamanca afectada por graves situaciones sociales de pobreza económica y moral. En este barrio adquiere su mayor relevancia la Parroquia como la casa de Dios entre las casas de sus hijos que en gran número no le conocen; y como la fuente donde vienen a calmar su sed los asediados por dolorosas situaciones de necesidad, con frecuencia sin aparente salida. Pero en esta presencia cercana, sacrificada, paciente y perseverante, fiel y gozosa, humilde y misericordiosa de los testigos del Evangelio, como han sido hasta hoy el Párroco y las hermanas Siervas de San José, encontramos todos un motivo para la acción de gracias a Dios por su vocación y la entrega de su vida, así como para el agradecido reconocimiento a su servicio de amor cristiano y de anuncio del Evangelio a los más pobres. Y en esta celebración seguimos encomendando la misión de esta Parroquia a la protección maternal de Santa María de Nazaret, para que ella siga mostrando a todos sus hijos el camino y la forma de hacer lo que Jesús nos diga, de seguir sus huellas, para ser una comunidad viva y misionera, educadora de la fe, renaciente cada día en el encuentro con el Señor en la Eucaristía, acompañante samaritana de los heridos al borde del camino, promotora de justicia y paz social, y puerta abierta a la consoladora esperanza de la vida eterna.

En este horizonte pascual y misionero queremos celebrar con nuestro querido hermano Marcos y su familia el sacramento de su ordenación diaconal, en la comunión originaria y permanente en la tradición viva de la Iglesia de Jesucristo, luz del mundo y sacramento de salvación.

A petición de los apóstoles, los siete primeros diáconos son elegidos por la comunidad entre discípulos “*de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría*” (Hch 6, 3), para la tarea “*del servicio de las mesas*” (Hch 6, 2). De Esteban se dice que era un



“hombre lleno de fe y de Espíritu Santo” (Hch 6,5). “Se los presentaron a los apóstoles y ellos les pusieron las manos orando” (Hch 6, 6).

El diácono Felipe, lo mismo que Esteban, realiza el “servicio” de la predicación del Evangelio en Samaría, al iniciarse la persecución en Jerusalén, después del martirio de Esteban. Y los apóstoles van a Samaría a confirmar la predicación y el bautismo administrado por Felipe; lo hacen con la imposición de manos para la donación del Espíritu Santo. Es el primer testimonio de la historia del sacramento de la confirmación.

La predicación llevada a cabo por Felipe acredita que era también un hombre lleno de fe y de Espíritu Santo. Acoge con pronta obediencia la orden del ángel del Señor: *“Levántate y marcha hacia el sur”*. Y del Espíritu, que dijo a Felipe: *“Acércate y pégate a la carroza”*.

En un acompañamiento semejante al de Jesús con las caminantes hacia Emaús, Felipe explica las Escrituras al piadoso extranjero que las lee y no las comprende. Y por el “primer anuncio” de Felipe sobre la Buena Nueva, el Espíritu abrió la mente y el corazón del viajero para confesar la fe en Jesús, para pedir el bautismo y para seguir “su camino lleno de alegría”. Felipe fue “arrebataado” por el Espíritu del Señor hasta otro lugar, llamado Azoto, para seguir *“anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea”*.

En los diáconos elegidos para el servicio de las mesas, es decir, para el servicio de la caridad relacionado con la Eucaristía, antes o después de ella, la caridad que brota del Espíritu del Señor se hace anuncio misionero; el amor servicial se hace palabra explícita de su significado y de su motivación. Así se pone de relieve desde el origen la íntima relación entre la Eucaristía y la caridad cristiana, entre los mandatos de hacer la memoria de la Pascua de Jesús y de amarnos como él nos amó, hasta el extremo de dar su vida por nosotros, sus amigos. E igualmente se esboza el origen eucarístico de la misión de los evangelizadores, a la vez que la meta a la que se orienta. En este doble proceso hay que seguir comprendiendo la misión que reciben los diáconos como colaboradores del ministerio sacerdotal y eucarístico del Obispo y los presbíteros. Es decir, los diáconos sirven a la eucaristía no como meros acólitos, sino como evangelizadores que conducen al encuentro pascual con Cristo resucitado en la Eucaristía y como testigos que acompañan a los fieles en el despliegue en su vida diaria del encuentro con el misterio del Amor, celebrado, hecho presente y recibido como alimento de vida nueva en los signos convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, por la acción del Espíritu Santo.

Y en este servicio al Misterio del Amor debe encontrar siempre nuestro hermano Marcos la orientación y la fuerza para ser diácono seguidor de Jesús Siervo, venido a servir y no a ser servido. Esta es su gloria, como lo fue para Jesús su entrega de la vida, sin reserva alguna, al Servicio del Reino de Dios y de la redención de los hijos de Dios dispersos y alejados de él. Esta es la gracia que hoy todos pedimos para él, en el fiel



Carlos López Hernández

ejercicio de la misión que la Iglesia diocesana de Salamanca hoy le encomienda por la imposición de las manos del Obispo y la invocación al Espíritu Santo.

Parroquia Santa María de Nazaret
Salamanca, 1 de mayo de 2019